

LA GRATITUD, GRAN VALOR

Decid "gracias" sin afectación;
como si cambiaseis una simple mirada.

Por sí sola, esta palabra, recompensa todos los trabajos,
equivale a una sonrisa y a veces la provoca;
hace feliz a quien la pronuncia y a quien va dirigida.

De personas bien nacidas es ser agradecidas. **¿Cómo vivir mejor este valor?**

Dicen que de todos los sentimientos humanos la gratitud es el más efímero de todos. Y no deja de haber algo de cierto en ello. El saber agradecer es un valor en el que pocas veces se piensa. Ya nuestras abuelas nos lo *decían* "de gente bien nacida es ser agradecido".

Para algunos es muy fácil dar las "gracias" por los pequeños servicios cotidianos que recibimos, el desayuno, ropa limpia, la oficina aseada... Pero no siempre es así.

Ser agradecido es más que saber pronunciar unas palabras de forma mecánica; **la gratitud es aquella actitud que nace del corazón en aprecio a lo que alguien ha hecho por nosotros.**

¡¡GRACIAS!!



La gratitud no significa "devolver el favor": si alguien me sirve una taza de café no significa que después debo servir a la misma persona una taza y quedar iguales... El agradecimiento no es pagar una deuda, es reconocer la generosidad ajena que ha derramado su bondad sobre mi persona.

La persona agradecida busca tener otras atenciones con las personas, no pensando en "pagar" por el beneficio recibido, sino en devolver la muestra de afecto o cuidado que tuvo. ¿Has notado como los niños agradecen los obsequios de sus padres? Lo hacen con una sonrisa, un abrazo y un beso. ¿De que otra manera podría agradecer y corresponder un niño? Y con eso, a los padres les basta.

Las muestras de afecto son una forma visible de agradecimiento; la gratitud nace por la actitud que tuvo la persona, más que por el bien (o beneficio) que de ella hemos recibido.

Conocemos personas a quienes tenemos especial estima, preferencia o cariño por "todo" lo que nos han dado: padres, sacerdotes, catequistas, maestros, cónyuge, amigos, jefes... El motivo de nuestro agradecimiento se debe al "desinterés" que tuvieron a pesar del cansancio y la rutina. Nos dieron su tiempo o su cuidado.

Nuestro agradecimiento siempre debe surgir de un corazón grande para no aparecer ridículo por su raquitismo.

No siempre contamos con la presencia de alguien conocido para salir de un apuro, resolver un percance o un pequeño accidente. ¿Cómo agradecemos que alguien abra la puerta del auto para colocar las cajas que llevamos, o nos ayude a reemplazar el neumático averiado?

El camino para vivir el valor del agradecimiento tiene algunas notas características que implican:

- **Reconocer en los demás el esfuerzo por servir**
- **Acostumbrarnos a dar las gracias**
- **Tener pequeños detalles de atención con todas las personas: acomodar la silla, abrir la puerta, servir un café, colocar los cubiertos en la mesa, un saludo cordial...**

La persona que más sirve es la que sabe ser más agradecida.

SED AGRADECIDOS

Todo buen cristiano sabe ser agradecido con Dios por los incontables dones que recibimos cada día, pero de igual manera, es necesario expresar gratitud a todos aquellos que nos favorecen de mil maneras.

En 2Rey.5,14-17 se nos recuerda la curación de Naamán de Siria, sanado de la lepra por el Profeta Eliseo. El Señor se sirvió de este milagro para atraerlo a la fe, un don mucho mayor que la salud del cuerpo. *Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel*, exclamó Naamán al comprobar que se encontraba sano de su terrible enfermedad.

En el Evangelio (Lc.17,11-19), San Lucas nos relata un hecho similar: un samaritano -que, como Naamán, tampoco pertenecía al pueblo de Israel- encuentra la fe después de la curación de su lepra, como premio a su agradecimiento.



Jesús, en su último viaje a Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Y al entrar en una aldea le salieron al encuentro diez leprosos que se detuvieron a lo lejos, a cierta distancia del lugar donde se encontraban el Maestro y el grupo que le acompañaba, pues la Ley prohibía a estos enfermos (cf. Lev.13,45) acercarse a las gentes. En el grupo va un samaritano, a pesar de que no había trato entre judíos y samaritanos (cf. 2Rey.17,24ss; Jn.4,9), por una enemistad secular entre ambos pueblos. La

desgracia les ha unido, como ocurre en tantas ocasiones de la vida. Y levantando la voz, pues están lejos, dirigen a Jesús una petición, llena de respeto, que llega directamente a su corazón: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Han acudido a su misericordia, y Cristo se compadece y les manda ir a mostrarse a los sacerdotes, como estaba

preceptuado en la Ley (Lev. 14,2), para que certificaran su curación. Se encaminaron donde les había indicado el Señor, como si ya estuvieran sanos; a pesar de que todavía no lo estaban, obedecieron. Y por su fe y docilidad, se vieron libres de la enfermedad.

Estos leprosos nos enseñan a pedir: **acuden a la misericordia divina**, que es la fuente de todas las gracias. Y nos muestran el camino de la curación, cualquiera que sea la lepra que llevemos en el alma. Hay que tener fe y ser dóciles a quienes en nombre del Maestro, nos indican lo que debemos hacer. La voz del Señor resuena con especial fuerza y claridad en los consejos que se nos dan en la predicación litúrgica de la Palabra o en el diálogo establecido con el confesor ante de que nos dé la absolución.

Y sucedió (palabra clave en el Evangelio de San Lucas) que, mientras iban, quedaron limpios. Nos podemos imaginar fácilmente su alegría. Y en medio de tanto alborozo, se olvidaron de Jesús. En la desgracia, se acuerdan de Él y le piden; en la ventura, se olvidan. Sólo uno, el samaritano, volvió atrás, hacia donde estaba el Señor con los suyos. Probablemente regresó corriendo, como loco de contento, glorificando a Dios a gritos, señala el Evangelista. Y fue a postrarse a los pies del Maestro, dándole gracias.

Es ésta una acción profundamente humana y llena de belleza.) Qué cosa mejor podemos traer en el corazón, pronunciar con la boca o escribir con la pluma, que estas palabras: "**gracias a Dios**"? No hay cosa que se pueda decir con mayor brevedad, ni oír con mayor alegría, ni sentirse con mayor elevación, ni hacer con mayor utilidad. Ser agradecido es una gran virtud.

El Señor debió de alegrarse al ver las muestras de gratitud de este samaritano y, a la vez, se llenó de tristeza al comprobar la ausencia de los demás. Jesús esperaba a todos:) No son diez los que han quedado limpios? Y los otros nueve,) dónde están?, preguntó. Y manifestó su sorpresa:) No ha habido quien vuelva a dar gloria a Dios sino sólo este extranjero?.

(Cuántas veces, quizá, Jesús ha preguntado por nosotros, después de tantas gracias! Hoy en nuestra oración queremos compensar muchas ausencias y faltas de gratitud, pues los años que contamos no son sino la sucesión de una serie de gracias divinas, de curaciones, de llamadas, de misteriosos encuentros. Los beneficios recibidos -bien lo sabemos nosotros- superan, con mucho, las arenas

del mar, como afirma San Juan Crisóstomo.

Con frecuencia tenemos mejor memoria para nuestras necesidades y carencias que para nuestros bienes. Vivimos pendientes de lo que nos falta y nos fijamos poco en lo que tenemos, y quizá por eso lo apreciamos menos y nos quedamos cortos en la gratitud. O pensamos que tenemos derecho y lo merecemos olvidándonos de lo que San Agustín señala al comentar este pasaje del Evangelio: *Nuestro, no es nada, a no ser el pecado que poseemos. Pues ¿qué tienes que no hayas recibido? (1Cor.4,7)+.

Toda nuestra vida debe ser una continua acción de gracias.

Recordemos con frecuencia los dones naturales y las gracias que el Señor nos da, y no perdamos la alegría cuando pensamos que nos falta algo,



porque incluso eso mismo de lo que carecemos es, posiblemente, una preparación para recibir un bien más alto. Recordad las maravillas que Él ha obrado (Sal.104,5), nos exhorta el Salmista. El samaritano, a través del gran mal de su lepra, conoció a Jesucristo, y por ser agradecido se ganó su amistad y el incomparable don de la fe: **Levántate y vete, tu fe te ha salvado.** Los nueve leprosos desagradecidos se quedaron sin la mejor parte que les había reservado el Señor como fruto del agradecimiento.

Porque -como enseña San Bernardo- ***a quien humildemente se reconoce obligado y agradecido por los beneficios, con razón se le prometen muchos más.** Pues el que se muestra fiel en lo poco, con justo derecho será constituido sobre lo mucho, así como, por el contrario, se hace indigno de nuevos favores quien es ingrato a los que ha recibido antes+ (S. Bernardo. Sal.50).

Agradezcamos todo al Señor. Vivamos con la alegría de estar llenos de regalos de Dios; no dejemos de apreciarlos. ¿Has

presenciado el agradecimiento de los niños?, imítalos diciendo, como ellos a Jesús, ante lo favorable y ante lo adverso: " (Qué bueno eres! (Qué bueno! ...) Agradecemos, por ejemplo, la facilidad para limpiar nuestros pecados en el Sacramento del perdón?) Damos gracias frecuentemente por el inmenso don de tener a Jesucristo con nosotros en la misma ciudad, quizá en la misma calle, tal vez en la propia casa, en la Sagrada Eucaristía?

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas (Sal.97,1-4), nos aconseja hacer el salmista. Cuando vivimos de fe, sólo encontramos motivos para el agradecimiento. * Ninguno hay que, a poco que reflexione, no halle fácilmente en sí mismo motivos que le obligan a ser agradecido con Dios (...). Al conocer lo que Él nos ha dado, encontraremos muchísimos dones por los que dar gracias continuamente+ (S.Bernardo).

Muchos favores del Señor los recibimos a través de las personas que tratamos diariamente, y por eso, en esos casos, el agradecimiento a Dios debe pasar por esas personas que tanto nos ayudan a que la vida sea menos dura, la tierra más grata y el Cielo más próximo. Al darle gracias a ellas, se las damos a Dios, que se hace presente en nuestros hermanos los hombres. No nos quedemos cortos a la hora de corresponder. No creamos cumplir con los hombres porque les damos, por su trabajo y servicios, la compensación pecuniaria que necesitan para vivir. Nos han dado algo más que un don material.

Los sacerdotes nos han hablado de Dios y de su amor, los maestros nos han instruido, y los que nos han enseñado el oficio, o también el médico que ha atendido la enfermedad de un hijo y lo ha salvado de la muerte, y tantos otros, que nos han abierto los tesoros de su inteligencia, de su ciencia, de su habilidad, de su bondad. Eso no se paga con billetes de banco, porque nos han dado su alma. Pero también el carbón que nos calienta representa el trabajo penoso del minero; el pan que comemos, la fatiga del campesino y del panadero que nos han entregado un poco de su vida. Vivimos de la vida de nuestros hermanos. Eso no se retribuye con dinero. Todos han puesto su corazón entero en el cumplimiento de su deber social y esperan que nuestro corazón lo reconozca. De modo muy particular, nuestra gratitud se ha de dirigir a quienes nos ayudan a encontrar el camino que conduce a Dios.

El Señor se siente dichoso cuando también nos ve agradecidos con todos aquellos que cada día nos favorecen de mil maneras. Para eso

es necesario pararnos, decir sencillamente *gracias+ con un gesto amable que compensa la brevedad de la palabra... Es muy posible que aquellos nueve leprosos ya sanados bendijeran a Jesús en su corazón.... pero no volvieron atrás, como hizo el samaritano, para encontrarse con Jesús, que los esperaba. Quizá tuvieron la intención de hacerlo... pero, el Maestro, se quedó aguardándolos. También es significativo que fuera un extranjero quien volviera a dar las gracias. Nos recuerda a nosotros que a veces estamos más atentos a agradecer un servicio ocasional de un extraño y quizá damos menos importancia a las continuas delicadezas y consideraciones que recibimos de los más allegados.



No existe un solo día en que Dios no nos conceda alguna gracia particular y extraordinaria. No dejemos pasar el examen de conciencia de cada noche sin decirle al Señor: *Gracias, Señor, por todo+. No dejemos pasar un solo día sin pedir abundantes bendiciones del Señor para aquellos, conocidos o no, que nos han procurado algún bien, que nos han

hecho más grato el día. La oración es, también, un eficaz medio para agradecer: Te doy gracias, Dios mío, por los buenos propósitos, afectos e inspiraciones que me has comunicado...

Aunque a todos nos gusta que se nos agradezca lo que hacemos en bien de otros, e incluso nos hemos parado alguna vez a pensar lo importante que es ser agradecidos en la vida, dar gracias por los favores que se nos hacen no nos resulta fácil.

Dar gracias, y hacerlo con sinceridad, supone vivir el sentido de la alteridad con claridad, haber puesto en crisis nuestro propio narcisismo y haber cultivado la capacidad de entrar en relación con un *Atú@*. De hecho sólo se da gracias a una persona que reconocemos con tal frente a nosotros.

Por ello, es agradecido quien ha superado el falso concepto de que "yo no debo nada a nadie", "yo me he labrado mi porvenir", "yo he

trabajado lo que poseo”, etc.; es agradecido el que reconoce que no puede usar a su gusto la realidad que le rodea y mucho menos a las otras personas.

Si esto lo miramos desde nuestra relación con el Señor, la capacidad de darle gracias indica madurez en la fe del creyente que reconoce que “todo es gracia” porque el amor de Dios le ha precedido y acompañado durante toda su vida.

Cuando esta realidad se ha asimilado vivencialmente, la acción de gracias brota de forma natural de lo más íntimo de nuestro convencimiento de fe, por el don de Jesucristo el Hijo de Dios Padre, que con infinito amor ha hecho a la humanidad (cf. Jn.3,16).

Saberse en el camino de la salvación hace que el hombre prorrumpe en un canto de agradecimiento y que celebre la Eucaristía en la Iglesia como la manifestación más perfecta y plena de ese agradecimiento que brota de su amor. Pero, al mismo tiempo, el discípulo de Cristo hace de toda su vida un canto de acción de gracias al Creador y Padre de nuestro Señor Jesucristo que cuando éramos enemigos nos envió a su Hijo para perdonarnos y hacernos, no sólo amigos, sino hijos en su Hijo. ¿Qué tienes que no hayas recibido?, nos pregunta San Pablo (cf. 1Cor.4,7).

Así a la gratuidad con la que Dios ha derramado sus dones sobre la humanidad, debe corresponder el reconocimiento y la gratitud de esta humanidad; y en la medida en que cada uno de nosotros reconozcamos y aceptemos los dones recibidos del amor del Padre, podremos ser agradecidos en la sinceridad de nuestra vida.

En este sentido la acción de gracias es la modalidad espiritual a través de la cual, el cristiano se relaciona con el mundo, con las cosas, con los demás hombres y sobre todo con Dios. Es la razón por la que un gesto tan rutinario como la comida de cada día debe estar acompañado por una oración de acción de gracias.

La vida y el sentido de la vida se sintetizan en la Eucaristía en la persona de Cristo viviente que se da como comida de vida eterna, recreando y fortaleciendo las relaciones de comunión entre los miembros de la asamblea. Al don que nos hace el Hijo de su vida plena, el cristiano responde dándole gracias por haber sido creado y por haber recibido el don de la fe. Por esta razón es muy correcto empezar el día con una oración de acción de gracias que podría sonar

de esta manera: *“Te adoro de corazón, oh Dios mío, y te amo con todo mi ser. Te doy gracias unido a tu Hijo y al Espíritu por haberme creado, por haberme dado la fe y por querer que disfrute de un nuevo día”.*

Todo esto se puede vivir en la intimidad del corazón, pero el cristiano, responde plenamente al don de Dios, manifestando que todo lo ha recibido y haciendo que, la propia vida que ha recibido, esté al servicio de los demás manifestando lo que lleva en su interior. La vida del cristiano tiene que convertirse en una **“eucaristía viviente”**.



Pero la acción de gracias no puede quedar reducida a momentos puntuales en acontecimientos en los que discernimos la presencia y la acción de Dios, sino que es la actitud profunda de una existencia que abre la propia trama cotidiana al crecimiento del Reino implantado por Jesucristo entre nosotros, hasta llegar a transfigurar la propia muerte en paso gozoso a la nueva vida.

La acción de gracias siempre hace memoria del pasado reviviendo todo lo que Dios nos ha concedido en su amor; pero también se abre al futuro, a la esperanza porque Dios es fiel a sus promesas, y configura nuestro porvenir como la permanencia en perfección de nuestro vivir cristianamente el presente.
